guerra y venganza, contra el moro que causara su orfandad.

Todos los guerreros castellanos aplaudieron la ruptura de la alianza que se acababa de celebrar con los infieles, pero en general fué sentida la triste catástrofe que terminara un festín comenzado bajo tan halagüeños auspicios. Convencidos, en fin, los españoles de la funesta influencia de las querellas que traían divididos los diversos Estados cristianos, consagraron todos sus esfuerzos contra el enemigo común, cuya dominación era harto más temible que el mayor o el menor grado de poder de alguna de las cortes vecinas, formadas todas de hermanos, tanto por religión como por la sangre.

Don Alonso Pérez de Guzmán "El Bueno"

Por TELESFORO DE TRUEBA

Codiciaba ya de antiguo, el rey de Fez Aben-Jacob, la importante plaza de Tarifa, cuya conquista debía serle tanto más ventajosa, en cuanto aseguraba nuevamente la libre comunicación entre los sarracenos de Africa y España. Deseoso el moro de dar completa cima a sus anhelos, realizó por fin grandes aprestos, mandando, ante todo, a su primo Amir, para que al frente de fuerzas muy considerables pusiera cerco a la plaza, en tanto que él mismo se disponía para secundarle con más poderosos refuerzos.

A vista de semejantes preparativos, concibió don Sancho de Castilla vivos y justísimos temores; cuanto más como que el mal estado del tesoro público y las funestas desavenencias que traían alterado el reposo de su reino, impedían que se ocupara personalmente en la defensa de aquel importante punto. En tan crítica coyuntura, presentóse acaso al rey don Sancho un insigne caballero, quien hizo la generosa oferta de sus servicios y recursos para defender la plaza de Tarifa. Hostigado el rey por todas partes, no vaciló en aceptar la proposición que se le ofrecía, cuyo heroico y satisfactorio desempeño libró al fin de graves cuitas al ansioso y oprimido corazón del monarca.

El noble paladín que manifestara tan laudables sentimientos era don Alonso Pérez de Guzmán, llamado más adelante el "Bueno". Había prestado ya grandes servicios a su patria, entre los cuales debía contarse la toma de la misma plaza de Tarifa sobre los moros. Su valeroso esfuerzo y las distinguidas prendas de su alma, le habían granjeado célebre nombradía en España y Africa, y con razón habría podido decorársele con todos los gloriosos epítetos con que se premian las virtudes y el valor; pero cual si fuere necesario caracterizarle más particularmente, buscóse un nombre que abarcase en sí mismo todas las excelencias y, por consiguiente, fué apellidado "El Bueno".

Sin perder momento, dirigióse don Alonso Pérez de Guzmán a Tarifa, llevando consigo crecido número de amigos y parciales. Desde luego, procuró poner la plaza en estado de defensa, para poder sostener un sitio que, según todas las trazas, debería ser tan tenaz y encarnizado como el odio personal que le profesaba el caudillo moro Aben-Jacob. Algún tiempo atrás, viviera Guzmán en Africa, donde tuvo contraída estrecha amistad con Aben-Jucef, padre de Jacob, circunstancia que había encendido la llama de unos villanos celos en el bajo y mezquino corazón de este último, indigno, por cierto, de contarse hijo del noble y magnánimo Aben-Jucef. No se ocultaba a Guzmán el aumento de esfuerzos que desplegaría el marroquí, viendo ahora enlazada la causa de su venganza particular con el triunfo de los intereses de su nación; sin embargo, como el castellano era del todo inaccesible al temor o desaliento, no dio cabida a otros sentimientos que aquellos que en algo pudieran contribuir al feliz éxito de su aventurada empresa.

Hallábase en el campo sarraceno un hermano del rey de Castilla, persona de tan depravada condición que no se sonrojara de aunarse con los enemigos de su patria, para hacer guerra a su propio rey y deudo. Este ser desnaturalizado se llamaba don Juan y era uno de los príncipes más desenfrenados y disolutos que puedan presentar los anales del mundo entero. Difícil sería señalar cuál era su defecto principal, puesto que poseía todos los vicios imaginables, llevándolos a un excesivo grado de libertinaje y desenvoltura. Ingrato hacia el generoso perdón que obtuvieran sus faltas del rey su hermano, correspondió a tanta indulgencia pasándose a los moros y ofreciendo sus servicios al rey Aben-Jacob, para quien fué de grande importancia esta conquista, atendida la fogosa audacia y decidido espíritu de intriga del rebelde infante castellano, de cuyos servicios se prometía obtener muy felices resultados. Además de esto, como la depravación y malicia de ambos aliados corría casi parejas, no tardaron en contraer toda aquella amistad que puede establecerse entre dos seres sin virtudes ni principios, contribuyendo a estrechar estos lazos otra circunstancia de no menos valimiento.

Tenía Aben-Jacob una hermana de peregrina beldad, siendo iguales a sus prendas personales las relevantes dotes de su alma angelical y pura. Apenas hubo visto don Juan a esta bella y encantadora joven, cuando se halló preso en las redes del amor más ardoroso y violento, y ansioso de poseer a todo trance a la incomparable Zora, solicitó su mano, desde luego, cual recompensa de todos los servicios que pudiera prestar a su hermano Aben-Jacob. No se mostró el moro sordo a esta demanda, puesto que ignoraba aún la singular calidad que distinguía a Juan, de romper y anular todos sus empeños, siempre que su interés así lo exigía o que su voluntad lo aconsejaba.

Estremecíase, sin embargo, la hermosa Zora con la cruel perspectiva de semejante enlace. Erale insufrible el odioso carácter de don Juan, y nada hallaba en su persona capaz de disminuir la horrible impresión que producían las malas calidades morales del príncipe castellano. Además de estas poderosas razones de aversión, había otros obstáculos de no menos importancia: la triste joven amaba a otro ser, tan noble y digno de aprecio como villano e impuro era su perseguidor. El gallardo don Pedro de Guzmán poseía todas las buenas calidades de su padre don Alonso; habíase criado junto con la hija del generoso Aben-Jucef, en la época que el noble castellano residiera en la corte de este príncipe, engendrándose de semejante intimidad una recíproca y amorosa ternura en el corazón de los dos jóvenes, quienes al tiempo de separarse, cuando don Alonso regresó a España con su familia, se juraron mutua e inalterable fidelidad y constancia. Persuadida Zora del amoroso cariño de su amante, gozábase en la esperanza del cumplimiento de sus apasionados deseos, cuando la aciaga solicitud del perverso don Juan vino a perturbar la paz de su corazón, ya que era imposible seducirle o vencerle.

En esta sazón se puso en marcha Aben-Jacob, para continuar el sitio de

Tarifa, principiado por su primo Amir. Acompañaba al moro el infante don Juan, al frente de una partida de renegados de su devoción, y convencido el marroquí de la aversión que manifestaba Zora hacia su amigo, sabiendo, además, que la causa principal de semejante desvío consistía en su pasión hacia el joven Guzmán, quiso llevar consigo a su hermana, puesto que no se le ocultaba el gran partido que podría sacar de su asistencia, tanto para estimular el celo de su infame aliado como para urdir alguna trama que fuese ventajosa a su causa, poniendo en juego el poderoso resorte del mutuo afecto de don Pedro y Zora.

Atacóse la plaza con intrépido ardor, pero fué infructuoso este esfuerzo, y los castellanos hicieron una salida en que dejaron muy mal parados a los moros. Deseoso Aben-Jacob de corromper la lealtad de Guzmán, envióle un secreto mensaje, haciéndole proposiciones las más ventajosas; pero aquí se estrelló también la tentativa del caudillo sarraceno. Prosiguió, pues, el sitio de la plaza; mas convencidos ya los moros de su impotencia para conquistar Tarifa, ofrecieron a su gobernador que levantarían el cerco mediante una suma de dinero, cuya proposición fué no menos desechada que la primera, ocurriendo a la sazón aquel famoso dicho del magnánimo español: "que entre caballeros de prez, nunca se mercadeaba la victoria".

Furioso y abochornado por el mal éxito de su arrogante empresa, valióse Aben-Jacob del último recurso que le suministrara su villana imaginación para reparar en algo su ignominia, y haciendo llamar a su hermana, la dijo con afectada y pérfida dulzura:

Mira, Zora querida, sabe para tu consuelo que he reconocido ya mi error, que lamento mi locura de haber acometido un punto encomendado al valeroso Pérez de Guzmán... No dirías cuánto desearías renovar mi amistad con un hombre de tanta loa, terminando de una vez nuestras desavenencias pasadas... Por otra parte, he podido convencerme de la perversidad del infante don Juan y me arrepiento de haberle ofrecido tu mano tan de ligero, cuando me constaba que tu corazón amaba sólo al joven hijo de don Alonso... Mira, hermana querida, me parece que de tu mano escribas la feliz terminación de esta campaña... Escribe una carta a tu amante, dale alguna cita secreta, y prométeme que te valdrás de todo tu ascendiente sobre el mozo para inducirle a que su valeroso padre se acomode conmigo... Vamos, hermana mía, ¿me harás este obsequio? ¿Te mostrarás digna de mi generosa confianza?

Aparentaba Jacob tanta sinceridad y buena fe, que no le fué difícil seducir el alma de la incauta Zora, y consintiendo ésta en sus planes, escribió la carta que se le exigía, en la cual, después de dar una secreta cita a don Pedro para la noche siguiente, consagraba algunas palabras a la expresión de su amor y fidelidad, desplegando toda aquella femenil elocuencia que tanto fascina y halaga a los hombres apasionados.

Envióse el billete por conducto de un moro anciano, quien llevaba al propio tiempo un ostensible mensaje para el gobernador de la plaza. Tenía Aben-Jacob gran confianza en la discreción del mensajero y no dudaba ya del feliz éxito de su tentativa, cuyos pormenores comunicara al infante don Juan, cómplice suyo en esta negra trama. Gozábanse los dos amigos en la próxima certidumbre de poseer la persona de su respectivo enemigo y rival, y por cierto que no fracasaron sus perversas esperanzas.

Seducido el joven don Pedro de Guzmán por las vehementes y apasionadas protestas de cariño de parte de su querida Zora; rechazadas todas las sospechas ue se elevaran en el pecho del generoso mancebo; penetrado de amor y esperanzas, salió secretamente de la plaza a la hora convenida, y acompañado del astuto mensajero de Aben-Jacob, se dirigió hacia el campo enemigo, donde después de varios lances y tropiezos, fué conducido por su alevoso conductor a la tienda donde ya le esperaba la engañada Zora.

—¡Zora queriad!—exclamó Guzmán, lleno de alborozo, en cuanto se vió sólo con su amante—. ¿Es posible que hayas tenido bastante valor y arrojo para proporcionarme esta dulce y apetecida entrevista?

—¡Ah, querido Guzmán!—respondió la doncella con tiernísima voz—; si supieses los tormentos que he padecido, las penas que me han agobiado, desde el fatal momento de nuestra separación. Pero el cielo se nos muestra ya propicio y esta entrevista es sólo un preludio de mayores dichas.

—Mucho me halaga tu confianza—dijo don Pedro—, sin embargo, extraño lo que medices, cuando nos hallamos los dos en posición tan enemiga y dura.

—Se concluyeron nuestras penas—dijo Zora—, sí, querido mío, ya no nos separa ningún obstáculo ni peligro.

—¿Qué dices, Zora?

—La verdad, amigo mío, la verdad... Sabe que mi hermano aprueba nuestro amor, y desea vivamente secundar nuestros deseos. Cansado de la duración de esta guerra, y anhelando terminarla con un feliz acomodamiento, me ha hecho escribir la carta que has recibido, dándote esta cita, para que te tomase por intercesor de nuestra causa...

—¡Dios eterno!—exclamó don Pedro, lleno de angustia—. Calla, Zora, no prosigas... Tu hermano te ha engañado... Tu confianza me ha perdido... Sí, ya no dudo que ambos somos víctimas de alguna infame traición...

—No esposible lo que dices, querido mío... Y además ¿qué podría intentarse contra nosotros?

—Ya lo veo, sí, lo veo... Tu hermano ha contado con nuestra mutua amistad para apoderarse de Tarifa... ¡Pero ay de mí! muy torpemente se engaña, si espera que algún interés personal pueda llevar a mi padre a la omisión de sus deberes... ¡Insensatos!, creen que don Alonso de Guzmán entregará las llaves de la plaza que le está encomendada sólo porque su hijo se ha dejado coger en una celada!... Vive Dios que si tal aconteciese, yo sería el primero en repudiar una acción tan contraria al buen lustre y esplendor de nuestro nombre!

—Te engañas, Guzmán, te engañas —razonó la inocente Zora—, no creas que mi hermano haya querido engañarnos... Debes saber que sólo anhela que se verifique el feliz restablecimiento de las amistosas relaciones que unieran un día nuestras familias. Depón, pues, tus siniestros temores, y no temas ya ningún amaño.

Pero no por esto se desvanecieron del todo las sospechas del hijo de Guzmán. Lisonjeado con la grata y dulcísima idea de que su cita al campo sarraceno únicamente era obra del amor, sentía ahora en el alma que la política disipase la parte más novelesca de su atrevida expedición. Por otra parte el cambio de conducta del moro Aben-Jacob era demasiado súbito y extraño para poder ser verdadero, y en vano se esforzaba la candorosa Zora por restablecer la tranquilidad de su amante, de quien tan sólo obtenía una incrédula sonrisa en pago de sus tiernas palabras de consuelo.

—Pero dime, ¿qué temes, Guzmán? —preguntó la joven mora—. ¿Piensas tú que mi hermano trame alguna alevosa traición?

—¡Ay de mí!—respondió don Pedro—. Me ocurren tantas sospechas, que no sé a cual dar la preferencia; pero ello es siempre que el corazón me presagia alguna adversa desgracia.

Oyóse a la sazón ruido de pasos. Guzmán se estremeció, conociendo lo fundado de sus temores, los cuales no tardaron en confirmarse a vista de Aben-Jacob y don Juan, quienes entraron a la vez en la tienda de la crédula e imprudente Zora.

—¡Muy bien, amartelado doncel!—exclamó Aben-Jacob, sonriéndose ferozmente—; por fin habéis caído en mis manos... ¡Quién dijera que el amor haría tan necio a un hombre cuerdo y sensato!

—¿Qué es esto, hermano mío?—preguntó Zora, llena de turbación—; no creo yo que abriguéis miras hostiles contra este honrado castellano...

—Muy honrado es por cierto el hom-

bre a quien sorprendo a tales horas en clandestina conferencia con mi hermana... ¡Válgame Alá! Es cosa estupenda... Y lo mejor ue aún se nos venga ponderando la honradez de este galán!

Ya no cupo ninguna duda a la infeliz Zora acerca de la negra perfidia de su hermano. Víctima el joven Guzmán de la traición del sarraceno, abrazó animosamente todas las consecuencias de su ligereza, animándose a este efecto de un valor muy digno de su noble padre.

—Y bien, aquí me tenéiszdijo el esforzado mozo encarándose hacia sus enemigos—. ¿Qué queréis de mí? ¿Qué pretendéis exigir de un noble castellano?

—¡Un noble castellano!—repitió don Juan con ironía—. Sin embargo, no me parece acción muy noble valerse de las tinieblas de la noche para seducir villanamente a la futura esposa de un caballero de honor.

—¡Vil renegado!—exclamó don Pedro fuera de si—. ¿Cómo te treves a hablar de honor, tú, que eres el tipo de la ignominia y la infamia?... Más siento tener que soportar tu abominada vista, que cuantos tormentos hubiesen podido agobiarme en castigo de mi loca y temeraria confianza.

—Prosigue, prosigue, pues, insensato —dijo el infante don Juan, sin mostrarse nada conmovido—. Vamos, exhala la ira que roe tu corazón... sabe que es el único consuelo que te sea ya permitido.

—¡Hermano mío!—exclamó Zora, deshecha en lágrimas, no te dejes alucinar por este perverso castellano... Recuerda que tú mismo me brindaste a que escribiera la carta que ha motivado la venida de Guzmán... no olvides que...

—Calla, calla—dijo Aben-Jacob, interrumpiendo bruscamente a su hermana—. He logrado mi intento, y gracias a tu necia credulidad tengo una prenda que me afianza la posesión de Tarifa... Anda, pues, a reunirte con tus criadas, pues ya no te necesitamos aquí para nada... Y tú, arrogante cristiano—añadió dirigiéndose hacia Guzmán—, rinde luego tu espada y date prisionero mío.

Diciendo esto, pegó un fuerte golpe en el suelo, y en el mismo instante y como por encanto, se llenó la tienda de soldados sarracenos, quienes aherrojaron despiadadamente al cautivo don Pedro, en tanto que la afligida Zora recurría a nuevas cuanto infructuosas súplicas para ablandar el empedernido corazón de su perverso hermano. Considerándose la triste joven causa principal de aquella tragedia, entregóse a la desesperación más violenta, en cuyo estado fué arrancada a la fuerza de aquel lugar de amargura, dejando a su infeliz amante plenamente abandonado a la saña y furor de sus aleves enemigos.

Inútil sería ponderar el contento de Aben-Jacob y de su digno compañero, por el feliz éxito de su infernal tentativa: aquella misma noche tuvieron consejo acerca de los medios de que se valdrían para utilizar mejor su traidora conquista.

Había amanecido ya el siguiente día, y bien ajeno don Alonso de Guzmán de sospechar la triste suerte que en la noche pasada cupiera a su desdichado hijo, recorría tranquilamente los puestos de la plaza para asegurarse del cumplimiento de sus órdenes, relativas al desempeño de los deberes de la tropa. De repente oyó sonar un clarín, y poco después le anunciaron un nuevo parlamento de los moros.

—¡Es cosa singular!—pensó el noble varón—; no sé a qué viene este empeño de parte de los enemigos, cuando saben que no es posible hacerme cejar un solo ápice en la observancia de mis obligaciones... Sin embargo, por lo que esto pueda ser, añadió, dirigiéndose a uno de los guerreros que le acompañaban, vos, Alvarez, id y traedme los mensajeros que acaban de presentarse.

A poco rato comparecieron los enviados moros, cuya excesiva arrogancia y altivez causaron grande asombro a los cristianos, hechos a presenciar menos osadía en las anteriores embajadas.

—Guzmán—dijo altaneramente uno de los parlamentarios—, vengo enviado a ti por el teniente del profeta, el muy poderoso Aben-Jacob, quien llevado sólo de la generosidad, te brinda aún a que le entregues esta plaza y sus dependencias, pues de lo contrario, ¡ay de ti y de todos los tuyos!

—Me parece, ¡oh moro!—contestó Guzmán—, que ya podrías haber conocido mi firme resolución de no entregar Tarifa en cuanto viva... Sin embargo, podrás decírselo a tu amo, rogándole de parte mía que se abstenga de molestarme en lo sucesivo con otras nuevas embajadas.

—Muy orgulloso te muestras—observó el sarraceno—; pero ya variarás de tono cuando sepas los medios con que cuenta mi señor para consumar tu ruina.

—Mucho te engañas, infiel, si crees que me hagan mella tus amenazas, pues por grande que fuese el poder de Aben-Jacob, nunca podría arrebatarme el honor, única prenda cuya pérdida me arredrase.

—No obstante, hay otros varios objetos—razonó el moro con gran sorna—cuyo daño rebajaría algo tu arrogancia, eres padre, Guzmán, y por dura e inflexible que sea tu alma, nunca podría mostrarse sorda a la voz de la Naturaleza.

Aquí se detuvo el moro. Guzmán y sus compañeros esperaron ansiosamente el sentido de estas misteriosas palabras.

—Vamos, Guzmán—continuó el enviado—, no se ablandará algo tu corazón con el peligro que corre tu hijo don Pedro?

—¿Mi hijo?—exclamó don Alonso con voz alterada... No te entiendo, sarraceno, no sé qué pueda comprometerme la suerte de mi hijo... ¿Pero cómo no está aquí presente?—añadió, volviéndose hacia el grupo de guerreros castellanos que le rodeaban—. ¿Dónde está mi hijo?... ¿Dónde está?

—¿Quieres saberlo?—respodió el moro con acento triunfante—; tu hijo está cautivo en nuestro campo, donde ha sido cogido esta noche pasada, en una amorosa cita... No hay duda que son preciosísimos rehenes, y Aben-Jacob, que lo conoce, está resuelto a no soltarlos sino a trueque de la plaza de Tarifa.

—Entonces quiere decir que mi hijo estará cautivo mientras viva—dijo el magnánimo Guzmán.

—¡Oh!; peor puede ser aún su suerte —replicó el moro—; sabe, orgulloso castellano, que si dentro del término de doce horas no nos has entregado esta fortaleza, tu hijo será decapitado irremisiblemente.

—En este caso—exclamó don Nuño García, uno de los caballeros presentes—, bueno será que aseguremos vuestras personas, para que nos respondan del daño que pueda sobrevenir a don Pedro de Guzmán.

E iba ya a prender a los mensajeros, cuando Alonso interpuso su autoridad, diciendo:

—Deteneos, señores, deteneos... ¿A dónde os arrastra un desmedido celo? No olvidéis que esos hombres, por muy detestables que sean, ostentan el carácter de embajadores, y nunca será dicho que Alonso Pérez de Guzmán imitó la alevosía de sus pérfidos enemigos. Marchad, pues, moros; idos y decid a vuestro amo que no me hacen fuerza sus amenazas. Sé que es muy bárbaro e inhumano, pero le hago el favor de no creerle capaz de bañarse en la sangre de un joven inocente; sin embargo, si tanta fuese su maldad, decidle que más fácil le será despedazar el tierno corazón de un padre que quebrantar de modo alguno sus firmes resoluciones y empeños.

Diciendo esto, despidió a los emisarios, dejándoles atónitos y confusos con su estoica firmeza de ánimo. Admirábanse los cristianos del singular proceder de su jefe, y no faltaba quien censurase su generosidad en no haber arrestado a los parlamentarios enemigos. La mayor parte de los caballeros contaban que la amenaza de Aben-Jacob no pasaría de palabras, en cuanto se convenciese el moro de su infructuosidad y dureza, y se lisonjeaban pensando que éste imitara tal vez la noble conducta de Guzmán hacia sus mensajeros; pero, por desgracia, los hechos no tardaron en demostrar la falacia de todos los cálculos de las personas honradas, cuando miden por su propio corazón los sentimientos de otros seres, viciosos y corrompidos.

Tres horas habrían transcurrrido,

cuando sonó nuevamente el clarín de parlamento. De esta vez prohibió don Alonso que se admitiesen los emisarios enemigos, y se dirigió hacia las murallas para oír desde allí las proposiciones de los moros. Esperábale, sin embargo, un espectáculo capaz de ablandar el corazón más intrépido y empedernido. Veíase con toda claridad al joven don Pedro de Guzmán, atado de pies y manos, con la garganta desnuda y rodeado de verdugos, dispuestos a ejecutarle. Junto al desdichado mozo se encontraba el feroz Aben-Jacob, acompañado del infante don Juan, y un poco más lejos estaba el ejército sarraceno, formado todo en batalla. Adelantóse a la sazón un soldado moro, y poniéndose a distancia que pudiese ser oído de la plaza, exclamó con voz sonora:

—¡Oh, Guzmán!, contempla a tu hijo. Considera que si no rindes la plaza en el término que se te ha fijado, el desdichado mozo será víctima de la crueldad de su padre.

—¡Mientes, perro infiel!—respondió el gobernador, con noble indignación—. Si mi hijo es asesinado, no será víctima de mi crueldad, sino de vuestras negras asechanzas y de su temeraria imprudencia.

—Según esto, ¿no te ablandas¿ ¿No cejas en tu resolución?

—Mal conoces a Alonso de Guzmán, si es que tal puedes pensar... Ve, moro cruel, ve... consuma este horrendo sacrificio. No tengo más que este hijo, pero le amo demasiado para consentir que su vida sea premio de una acción villana y torpe; así, pues, para que nadie dude de la irrevocable firmeza de mi propósito, si en ese campo falta cuchilla para inmolar la víctima, ahí está mi propio acero.

Diciendo esto, arrojó su espada a los contrarios, y con seguro y mesurado continente se retiró de aquel lugar, dejando pasmados a los espectadores de esta escena, tan superior a todas las acciones heroicas que presenta la antigüedad. Pero todavía le faltaba otra prueba a este animoso varón, puesto que había de soportar las súplicas y frenéticos sollozos de una madre desesperada. De todos era aplaudido el singular heroísmo de doña María Coronel, noble esposa de Guzmán, quien sobrellevara con varonil constancia los trabajos y peligros del cerco; ¿pero dónde podría hallarse un corazón tan esforzado, capaz de ahogar las angustias del amor de madre? Es positivo, que doña María habría arrostrado impávidamente los mayores riesgos y privaciones, pero presenciar la muerte de su único hijo cuando su padre mismo podía salvarlo, era empresa superior a su natural esfuerzo, y de aquí es que su desesperación y frenesí se exhalaba ahora en una inmensa copia de lágrimas y gemidos, que laceraban crudamente el noble corazón del gran Guzmán.

Uniéronse muchos de los caballeros más distinguidos a las suplicantes razones de esta tierna madre, representado a don Alonso que el rey no podía exigir de un padre sacrificio tan atroz, y que aunque se perdiese ahora Tarifa, el valor de los castellanos volvería luego a ganarla. Pero ni lágrimas ni argumentos podía nada con el magnánimo gobernador, quien forzado a disimular su propia pena, rechazaba aun los infructuosos esfuerzos del benéfico celo de sus amigos.

Así iban transcurriendo los momentos, hallándose todos los circunstantes en la mayor ansiedad y zozobra. El desdichado don Pedro esperaba animosamente la muerte, pues conocía sobrado bien a su padre para abrigar ninguna esperanza de consuelo. Por otra parte, el traidor Aben-Jacob y su perverso cómplice el infante don Juan, se hallaban despechados y confusos, a lo sumo, viendo cuál se estrellaba su feroz estratagema, cuyo mal éxito ya no podía dudarse en vista de la heroica abnegación del padre de su víctima infeliz.

De repente se difundió una tumultuosa algazara por todas las calles de Tarifa, resonando a la vez voces de horror y belicosos gritos de guerra. Sorprendido Guzmán al oír este alboroto, voló hacia las murallas, y temiendo algún ataque de parte de los enemigos, preguntó qué significaba aquella novedad. A esta demanda satisfizo un guerrero castellano, señalando silenciosamente el campamento enemigo, donde se mostraba el sangriento cadáver de don Pedro, privado de su cabeza, la que estaba clavada en la punta de una elevada lanza.

—¡Loado sea Dios!—exclamó Guzmán—. ¿No es más que esto?... Yo creía cuando menos, que el enemigo había asaltado la plaza.

Dicho esto, dirigió una dolorosa mirada a los inanimados restos de su hijo, y cruzando los brazos sobre el pecho, se retiró lentamente de aquel horrendo sitio de amargura.

Llevado Aben-Jacob de un infernal espíritu de venganza, ya que no pudiera doblegar el alma del heroico gobernador de Tarifa, resolviera al menos despedazar su corazón de padre. Atizaba don Juan la rabia del sarraceno, puesto que en el hijo de Guzmán veía también al amante favorecido; así, pues, apenas hubo expirado el plazo señalado, cuando ordenó el mismo don Juan la ejecución del noble castellano. Pero luego que se desvaneció el primer movimiento de horror y sorpresa causado por esta terrible catástrofe, aumentóse el ardor de los cristianos, quienes saliendo de la plaza, cayeron sobre el campo enemigo, y allí saciaron su venganza, cebándose en la sangre de los soldados sarracenos. En vano intentaron oponerse al torrente Aben-Jacob y su aliado; todos sus esfuerzos fueron vanos, y no pudieron evitar el castigo con que pagaron los castellanos su barbarie y ferocidad. Apoderáronse éstos de los despojos de don Pedro, y habiendo sido entrados en Tarifa, se les dió allí sepultura, honrados con las lágrimas de toda la guarnición. Insulto fuera haber querido consolar el sombrío dolor que devoraba al triste padre; dejábasele, pues, entregado a su amargura, de la que sólo le distraían las patrióticas atenciones de la defensa del punto que le estaba encomendado y que tan gloriosamente le sostenía.

Pero no eran solos el generoso castellano, su noble esposa y amigos, los que lloraban la desgracia del joven don Pedro: otra persona había a quien también agobiaba el dolor producido por esta sangrienta catástrofe. Desesperada la candorosa Zora por la deplorable suerte de su amante, echábase en cara su necia credulidad, y atribuyéndose a si misma la desgracia del triste mozo, se entregaba a un delirante frenesí. Aumentábase la amargura de esta infeliz con las amorosas persecuciones del infante don Juan, cuyo título de asesino de su amante acrecentaba infinitamente el odio y aversión que le profesara ya la joven. Resuelta por fin a rechazar todas las instancias de ese monstruo, declaróse en abierta oposición hacia las miras de su hermano, llamado impávidamente sobre su frágil cabeza, la enconada saña de estos seres abominables y perversos, quienes despechados y frenéticos, recurrieron a todo género de violencias contra la tierna y desdichada Zora, hasta tanto que la muerte vino a poner término a sus males y angustias, arrebatándola a los pocos días del sacrificio de su desdichado amante.

Disuelto el lazo que unía a los dos monstruos, separóse don Juan de su amigote, quien le dejó marchar sin disgusto, alegrándose de que fuesen a buscar fortuna a otra parte. Desesperaba ya Aben-Jacob de ganar la plaza que tenía cercada; hizo, sin embargo, un último esfuerzo contra ella, pero viéndose burlado por la sagacidad y pericia de don Alonso, y conociendo por fin lo poco que debía prometerse cuando tenía por antagonista a un hombre de tanto prez levantó el sitio y volvió de regreso a Africa, desconcertado y rabioso a lo sumo.

En breve se propaló por toda España la fama de la heroicidad y grandeza de ánimo de don Alonso de Guzmán. Deseoso el rey don Sancho de manifestarle su gratitud, dirigióle una afectuosa carta, en la que brindándole a que pasara a la corte, se lamentaba de que el mal estado de su salud no le permitiese salir a su encuentro. Tributáronse todo género de honores al insigne castellano, saliendo en tropel a verle las gentes de los lugares por donde pasaba; de este modo, y en el seno de una marcha pro-

piamente triunfal, llegó Guzmán a Alcalá de Henares, donde residía el rey a la sazón. Allí fué recibido por el soberano, quien, abrazándole cordialmente delante de toda su corte, proclamóle modelo de caballeros, y le hizo donación del territorio situado entre el Guadalquivir y el Guadalete. Guzmán "el Bueno" fué primer señor de Sanlúcar de Barrameda y fundador de la casa de Medina Sidonia, la que con razón puede envanecerse de la nobleza de su origen. La muerte de nuestro guerrero fué tan meritoria como el resto de su ilustre carrera. Encomendósele el sitio de Gibraltar, cuya plaza tomó a los moros, que la ocupaban hacía más de quinientos años; este fué el postrer servicio que prestó don Alonso a su patria, pues habiéndose adelantado un día en persecución de los moros que devastaban las cercanías de Algeciras, fué envuelto por los enemigos, cuyo número agobió a nuestro insigne capitán, el cual sucumbió después de haberse defendido bizarramente.

La memoria de este insigne varón excita entre los españoles un respeto igual al que inspiran en la antigüedad los célebres nombres de Escipión o Epaminondas, y nunca se citan sus famosos hechos sin producir una religiosa y venerable sensación. Sin disputa alguna, le cuenta España por uno de los hombres más ilustres que haya producido este suelo clásico, tan célebre ya en los tiempos más remotos, por la heroicidad y grandeza de ánimo de sus naturales y que a pesar de su actual decadencia y abatimiento deslumbrara un día a los demás Estados con el inmarcesible brillo de su gloria.

FIN